

---

# El Camino de Santiago y la peregrinación en la Europa Medieval\*

---

Juan Carrasco

Universidad Pública de Navarra

---

## INTRODUCCIÓN

**A**nte todo quisiera mostrar mi agradecimiento a los responsables de la Cátedra de Patrimonio por esta amable invitación y en especial a su Titular, la proferora García Gainza, de cuyo magisterio ejemplar yo también soy un beneficiado. Gracias también por la oportunidad que me brinda la celebración de este Año Jacobeo de volver sobre temas muy queridos, pero que la dinámica de la vida académica con frecuencia nos obliga a relegar o a preterir.

A modo de justificación y casi como una cuestión previa habré de referirme, siquiera brevemente, a ese complejo y siempre debatido fenómeno de la peregrinación en la Cristiandad Latina o, si se prefiere, en la Europa del Occidente medieval. La peregrinación como medio de accessus fue largamente practicada desde el siglo VI por los monjes irlandeses, como apostolado misionero lo que trajo consigo, entre otras manifestaciones, sus acreditadas fundaciones monásticas (San Columbanus y sus discípulos). La Iglesia de los siglos VI al X tuvo en el viaje una mortificación para la redención de los pecados. Y, sobre todo, es ese movimiento que inspira la fe, la piedad y el deseo del viajero de venerar la tumba salvífica –imagen mental escatológica de vida y muerte– en los lugares santos de Jerusalén, Roma y Compostela. Es evidente que, por razones de oportunidad y, sobre todo, de competencia, me referiré a este último lugar, pero sin dejar de tener presente la inter-

---

\* Una primera versión de este trabajo, algo ampliada, figura, con el título “El camino francés a Compostela y la dinámica de los asentamientos” en las *Atti del Congresso Internazionale*, Parma, 27-28 febbraio 1998, *Itinerari medievali e identità europea*, a cura di Roberto GRECI, Clueb, Bologna, 1999, pp. 147-180

JUAN CARRASCO

conexión existente entre todos ellos, pues, aunque con matices y según las distintas escuelas históricas, la violencia de los feudales estuvo encauzada por los papas de la reforma gregoriana hacia empresas militares e hicieron de la cruzada una peregrinación al tiempo que una guerra santa<sup>1</sup>. En definitiva, la expedición o visita a la tumba del apóstol Santiago en tierras hispanas, sujetas durante siglos a la soberanía del Islam y sometida con harta frecuencia a los ataques de los sarracenos, representaba, en cierta medida, ese ideal o síntesis penitencial: guerra santa, instituciones de paz, peregrinación y acción reconquistadora<sup>2</sup>. Es cierto que existen otros sepulcros, no necesariamente apostólicos, que movieron la piedad del peregrino, pero, aunque importantes, siempre fueron considerados como menores y, a veces, complementarios del gran itinerario jacobeo, como son, entre otros, los de Tour (San Martín), Poitiers (San Hilario), Conques (Santa Fe) y Oviedo (San Salvador). Una simple ojeada a la cartografía de tales emplazamientos nos permite comprobar una cierta identidad espacial y mental, conferida por la noción de *Christianitas*. Y entre esa constelación de itinerarios europeos, el más genuino y representativo a nuestro propósito es la *strata Sancti Iacobi*, verdadero eslabón o, si se nos permite, esa especie de “lanzadera celeste” de peregrinos, unidos por la fe, el coraje, la vida y la muerte, en su discurrir por los espacios del Occidente cristiano. Insisto de forma deliberada en esa condición de europeidad o “internacionalidad medieval”, evocada desde sus márgenes o periferia occidental con algunos testimonios señeros. El más antiguo es el del anónimo toledano de la *Continuatio hispana* del 754, “al ser el primero en concebir la idea de una Europa unida frente a los nuevos invasores asiáticos, y saludaba por primera vez en la historia con el nombre de europeos –europenses, dice el cronista– a las tropas de Carlos Martel que luchaban en Poitiers”<sup>3</sup>; siglos más tarde, en 1072, Alfonso VI –al volver de su destierro en Toledo–

- 
- 1 A partir de las celebraciones, en 1995, del IX centenario de la promulgación de la primera cruzada se ha reabierto el debate gracias a los excelentes trabajos de la escuela inglesa de Cambridge, encabezada por J. Riley-Smith, y las también brillantes respuestas de los medievalistas franceses Jean Richard y Jean Flori. Por lo que se refiere al primero, cabría destacar algunas obras recientes, tales como *The first Crusade and the idea of crusading*, Londres, 1986; Idem, *The first Crusader, 1095-1131*, Cambridge, 1997. Su discípulo M. Bull, que ha visto en la espiritualidad de la penitencia y de la peregrinación la causa casi única de la llamada de Urbano II a los caballeros de la Cristiandad, niega cualquier aportación de las instituciones de paz y de la “reconquista” al ideal de cruzada predicado en Clermont. Cfr. *Knightly Piety and the Lay Response to the First Crusade. The Limousin and Gascony (c. 970-c. 1130)*, Oxford, 1993; Idem, “The Roots of Lay Enthusiasm for the First Crusade”, en *History*, 78, 1993, pp. 353-372. Una posición intermedia corresponde al prof. J. Richard en su *Histoire des croisades*, Paris, 1996. Más sugestivas aparecen las hipótesis defendidas por J. Flori, vertidas en libros y artículos, tales como *La première croisade. L'Occident chrétien contre l'Islam (aux origines des idéologies occidentales)*, Bruxelles, 1992; idem, “Mort et martyre des guerriers vers 1100: l'exemple de la première croisade”, en *Cahiers de civilisation médiévale*, XXXIV, 1991, pp. 121-139; idem, “L'Église et la guerre sainte, de la paix de Dieu à la croisade”, en *Annales, E.S.C.*, XLVII, 1992, pp. 88-99.
- 2 El propio J. Flori recoge gran parte de lo apuntado con anterioridad y profundiza en planteamientos innovadores. Cfr. “Reforme, reconquista, croisade. L'idée de reconquête dans la correspondance pontificale d'Alexandre II à Urbain II”, en *Cahiers de civilisation médiévale*, 40, 1997, pp. 317-335; idem, “La préparation spirituelle de la croisade: l'arrière-plan éthique de la notion de *miles christi*”, en *Il concilio di Piacenza e la crociata*, Piacenza, 1996, pp. 179-192.
- 3 Cfr. J. M<sup>a</sup>. LACARRA, “El caso de la romanidad en Hispania”, en *Estudios de Alta Edad Media española*, Valencia, 1971, pág. 23; más tarde recogido por Gherardo Ortalli en la primera parte (Scenari e poposte per un Medioevo europeo) de la *Storia d'Europa, 3: Il Medioevo, secoli V-XV*, Torino, 1994, pág. 5. En la nota 1 se cita la edición de Th. Mommsen de dicha *Chronica* en MGH, AA, *Chron. Min.*, II, Berlin, 1894, pp. 323-338.

## EL CAMINO DE SANTIAGO Y LA PEREGRINACIÓN EN LA EUROPA MEDIEVAL

suprimió el portazgo del castillo de Antares, con el que se gravaba de forma abusiva el paso de peregrinos y mercaderes a la entrada del reino de Galicia. Tal medida tenía como objeto favorecer no sólo a los pueblos de las Españas, sino a los de Italia, Francia y Alemania<sup>4</sup>. Por último, y pese al carácter propagandístico del texto, la Historia Compostelana se refiere a la amplitud alcanzada en la difusión del culto al glorioso señor Santiago, “cuyo cuerpo está sepultado en tierras de Galicia, a quien venera Francia, Inglaterra, Italia Alemania y todas las naciones cristianas, y sobre todo España, como a su patrono y protector”<sup>5</sup>.

Esta amplitud de escenarios exige una concreción temporal. Sin necesidad de remontarnos a los tiempos de la *inventio*, existen ya en la primera mitad del siglo X indicios visibles del fenómeno de la peregrinación jacobea, pero la percepción de un nuevo dinamismo a lo largo del Camino no aparece hasta el último tercio del siglo XI, con el nacimiento y desarrollo de poblaciones con aires ciudadanos, alentados por políticas repobladoras de los reyes de Pamplona y Aragón, seguidas también por sus parientes los monarcas castellanos de la misma dinastía Jimena. Así pues, los límites cronológicos en los que centraré mi reflexión, al menos en esta ocasión, podrían quedar fijados entre 1076 (ascenso al trono de Sancho Ramírez, como rey de pamploneses y aragoneses) ó 1072 (comienzo del reinado de Alfonso VI, monarca de León y Castilla, incluido el hito señero de 1085, fecha de la conquista de Toledo) y los años finales de la duodécima centuria o primeros decenios de la siguiente, con la batalla de Las Navas de Tolosa (1212) como fecha con la que se inicia una nueva fase en la ocupación de amplios territorios ganados al Islam peninsular. O, dicho de otro modo, el tiempo que discurre desde los tempranos atisbos de migraciones francas hasta la plena definición de los espacios y perímetros urbanos; consagrados por los hombres de la rúa en su función como tal sociedad civil, capaz de manifestarse y operar con eficacia en la vida política que les brinda, con todas las limitaciones que se quiera, la representación ciudadana en las asambleas o cortes del reino.

Apenas esbozada la temporalidad del fenómeno de la peregrinación corresponde ahora referirnos, siquiera brevemente, a este itinerario mayor, al *Iter Sancti Iacobi*, que discurre a lo largo de varios miles de kilómetros de gran parte del Occidente cristiano: desde sus más lejanos y diversos orígenes hasta el final con llegada a la ciudad del apóstol o “campo de estrellas” Compostela. Dicho itinerario aparece dotado de etapas intermedias, capaces de otorgar al viajero las reparaciones –físicas y piadosas– necesarias para proseguir el caminar peregrino, plagado casi siempre de sacrificios y penalidades. Unidos por un mismo afán y fervor, pero diferenciados por actuaciones y comportamientos bien diversos, según la atención

4 L.VÁZQUEZ DE PARGA, J. M. LACARRA y J. URÍA, *Las peregrinaciones a Santiago de Compostela*, t. II. Madrid, 1949, nueva edición facsímil: Pamplona, 1992, págs. 20 y 21, del cap. I, elaborado por el segundo de los tres autores antes citados.

5 *Hist. Compostellana*, Lib. II, cap. L, 1, pág. 320 de la edición en castellano de M. SUÁREZ y J. CAMPELO, *Historia Compostelana*. Santiago de Compostela, 1955. La primera edición crítica se debe a Emma FALQUE REY en *Corpus Christianorum. Continuatio medievalis* LXX. Turnholt, 1988. Y de acuerdo con este texto, la misma autora ha realizado una versión castellana en la colección Clásicos latinos medievales de Akal, Madrid, 1994.

JUAN CARRASCO

prestada por los poderes políticos que los rigen, así como el dinamismo económico y social que bulle y alienta a las más importantes comunidades que jalonan la ruta compostelana. Habrá, por tanto, motivos –piadosos y mundanos– que impulsan a hombres y mujeres a ponerse en movimiento y emprender una larga e incierta aventura, atraídos en muchos casos por satisfacer sus ansias de tierras y, en definitiva, por mejorar sus condiciones de vida: será en gran parte una empresa colonizadora de amplia dimensión histórica. Todo ello sin olvidar, claro está, a los que viajan, como auténticos peregrinos y que aspiran a una redención penitencial. Los primeros, de cierta homogeneidad social, son viajeros de ida, sin retorno: repobladores y exiliados en su mayoría; mientras que los segundos, dado su desarraigo y aspiración celestial son viajeros de ida y vuelta. El peregrino elige ser extranjero, un exiliado y así es percibido por los lugares que pasa. El peregrinar es un viaje del interior hacia el exterior, un exilio del país que uno conoce, que es el suyo, a un universo, donde cada uno es un extraño. Con todo, este gran fenómeno, que es la peregrinación medieval, contribuirá a establecer vínculos de confraternidad. Sin olvidar que esta aventura supone un riesgo y casi siempre dicha opción se presenta como una ruptura –más o menos prolongada y profunda, según la amplitud del viaje– con el mundo cotidiano y familiar. Los motivos de atracción para emprender ese viaje suelen ser de diversa índole. Pese a lo apuntado, no considero ocioso insistir en ese universo mental que alienta el desplazamiento de los hombres, generalmente a pie, hacia determinados lugares, donde entran en contacto con lo sagrado. La peregrinación, no cabe duda, es un fenómeno casi universal de antropología religiosa. Aparece definida por cuatro características esenciales: el viaje (*homo viator*), una ruta, un esfuerzo físico a través de un espacio extraño (extranjero) y una prueba espiritual. Y los beneficios que el peregrino obtiene son tanto espirituales como físicos: el perdón de los pecados y la curación de su cuerpo. De aquí que uno de los aspectos fundamentales de la historia de las peregrinaciones sea el de la hospitalidad que los peregrinos reciben. Como es sabido, en la Biblia se contienen numerosos pasajes relativos a la hospitalidad, como un aspecto esencial de la caridad, pero también como un elemento sobrenatural, al considerar al huésped o peregrino como un enviado celeste. Los textos que recogen esta singular visión son muy abundantes y su difusión alcanzó durante la Edad Media a la literatura profana.

#### I. LA RUTA COMPOSTELANA Y LA PEREGRINACIÓN OCCIDENTAL

El culto al apóstol Santiago y las consiguientes peregrinaciones a Compostela constituyen, sin lugar a dudas, uno de los fenómenos más representativos y sobresalientes del Medievo hispánico, al tiempo que sirvieron de cauce para alentar los deseos de unidad y aislamiento de la Europa occidental en los siglos centrales de la Edad Media. A lo largo de este tiempo quedaron fijados los itinerarios que conducen a la Basílica-santuario del señor Santiago: aparecía así conformado uno de principales y más importantes caminos medievales. De tal forma que el *iter Sancti Iacobi* venía a representar para gran parte del Occidente cristiano el paradigma de la vía de peregrinación, completando, junto a Jerusalén y Roma, esa trilogía de lu-

## EL CAMINO DE SANTIAGO Y LA PEREGRINACIÓN EN LA EUROPA MEDIEVAL

gares santos.<sup>6</sup> Bien es cierto que, al Oriente, Jerusalén simboliza una cierta superioridad o eminencia espiritual: es un lugar de peregrinación que sacraliza la guerra santa, ya que se ansía conquistar y liberar la tumba de Cristo<sup>7</sup>. Al menos en su fase inicial, la calzada jacobea o vía *francigenae* aparece como el camino que une o enlaza los dos grandes santuarios del orbe cristiano occidental y donde se veneran las tumbas de los apóstoles Pedro y Pablo, en Roma, y la de Santiago el Mayor en Compostela. Entre los papas “reformadores” se había extendido la idea de amparar las expediciones militares contra los sarracenos de Hispania como acciones piadosas, propias de un peregrinaje penitencial.<sup>8</sup> Además, estos dos lugares de peregrinación apostólica aparecían a los ojos de la Cristiandad como, una sólida cadena de vínculos solidarios y fraternos, expresión fehaciente de la unidad de los cristianos, tan angustiosamente ansiada después de los temores y sobresaltos con los que se había superado el primer milenio de nuestra era. Las reflexiones sobre el fin de los tiempos forman parte de la tradición cristiana, pero sin olvidar que, junto con los movimientos e instituciones de paz y tregua<sup>9</sup> –traspasados los umbrales del año mil–, los horizontes espirituales de la peregrinación sirvieron para encauzar el creciente sentimiento penitencial que abrumba a la sociedad y de forma muy destacada a la *militia sancti Petri*, apelación prestigiosa que sedujo a una casi docena de príncipes, empeñados muchos de ellos en empresas de expansión territorial y de reconquista<sup>10</sup>. El ideal de cruzada<sup>11</sup>, esa especie de combates por la fe, se acomoda bien a la idea de conquista o reconquista cristiana, mediante la cual el caballero, el *milites*, se instala sobre lo que ha conquistado a los infieles. Conquista legítima, en defensa de la Iglesia, que amparan estas acciones de los *fidelis sancti Petri*<sup>12</sup>.

Desde el último tercio del siglo XI y el final de la siguiente centuria, el Camino de Santiago será, entre las grandes ruta de la fe, la que mayor significado alcance. Significación amplia y diversa, observable no sólo en el orden religioso y cultural, sino en el geográfico, político, económico y social. Será en estos últimos ámbitos donde centremos nuestra atención, con el objetivo de analizar los anhelos e intenciones de los príncipes para dar cobijo y amparo a los impulsos que animan a los peregrinos en su transitar por el Occidente cristiano con destino a la tumba del apóstol Santiago, allá en los lejanos confines del noroeste de Galicia: ese *finisterrae* es entendido así por todos aquellos que consideraban a Roma como centro, pero una centralidad vertebradora del mundo. Desde esta perspectiva, el *iter Sancti Iacobi*

6 A. DUPRONT, Du Sacré. *Croisades et pèlerinages. Images et langages*. Paris, 1987, en especial las páginas dedicadas a “Pèlerinages et lieux sacrés”, pp. 366-412.

7 J. FLORI, “Réforme, reconquista”..... art. cit. pág. 335.

8 *Ibidem*, pág. 322, not. 31, donde se cita una carta de Hugo de Lusignan -la n.º. 157-, en la que se dice: “pro remedio animae meae, contra saracenos in Hispaniam”.

9 Cfr. BARTHÉLEMY, D., “La paix de Dieu dans son contexte (989-1041)”, en *Cahiers de Civilisation médiévale*, 157, 1997, pp. 3-35.

10 Este es el caso de Alfonso VI de Castilla y León, Sancho Ramírez de Pamplona y Aragón, Céntulo IV de Bigorra, Ebles de Roucy, Guillermo VIII de Aquitania, Fulcher de Chartres, Roberto Guiscardo de Apulia, Roberto I de Flandes, Sven II de Dinamarca, Teobaldo I de Blois y Guillermo “El cabeza-loca” de Borgoña.

11 Además de los trabajos citados en la nota 1, una muestra de la preocupación de la historiografía reciente por estos temas es el conjunto de trabajos presentados al 118º congreso anual de la Sociétés historiques et scientifiques, celebrado en Pau (octubre de 1993), bajo el título de *Pèlerinages et croisades*, Paris, 1995.

12 I. S. ROBINSON, *The Papacy, 1073-1198, Continuity and Innovation*. Cambridge, 1990, pp. 308-309.

JUAN CARRASCO

llegó a representar, como línea de unión entre el centro y la periferia, un enorme significado cosmológico y político. En definitiva, el Camino de Santiago simboliza los cimientos de esa unidad europea que hoy se preconiza desde diversas instancias comunitarias. De otra parte, no hay que olvidar que esta arteria de horizontes espirituales es también una ruta de ida y vuelta, de intercambios de mercancías y conocimientos, amparo en la unidad de la fe y en la diversidad de culturas de los distintos pueblos que conforman la Cristiandad y que tiene en este *Finis terrae* su Jerusalén de Occidente.

Gracias a la suma de estas políticas de atracción de nuevos pobladores, en el marco de un dinamismo demográfico sin precedentes, la vía de peregrinación compostelana servirá de arteria y escenario privilegiado para el desarrollo de las actividades productivas que alienta un ajetreado flujo de gentes. Tales muestras de vitalidad y dinamismo no son otra cosa que las consecuencias de un desarrollo de la vida urbana, alimentado, entre otros factores, por la aceleración de los intercambios comerciales y la expansión de los rendimientos agrarios. Todo ello sin olvidar el papel esencial jugado por los monjes cluniacenses<sup>13</sup> en la europeización de la peregrinación jacobitana.

Después de todo lo expuesto a nadie puede sorprender que el Camino de Santiago tuvo, desde sus comienzos, su centro organizativo y difusor en tierras de Francia y más concretamente al sur del Loira, en los dominios de los duques de Aquitania y sus amplios márgenes. A este propósito es bien conocida la mención de un monje riojano de Santa María de Albelda de realizar la copia de un texto toledano por encargo del primer peregrino de nombre conocido –Godescalco de Puy–, cuando, en el 950, se dirige desde su obispado aquitano a Compostela<sup>14</sup> y que a su regreso recogería del citado cenobio. Otro ejemplo famoso, aunque casi dos siglos más tarde, es del duque de Aquitania, Guillermo X, arrepentido de los desmanes cometidos durante su campaña de Normandía. Y allí, una vez cumplida su promesa, muere ante el altar del Apóstol el día de viernes santo de 1137. Un mundo de leyenda rodea el descubrimiento del sepulcro del apóstol Santiago y los inicios de la peregrinación. Desde un principio, como una especie de aparato propagandístico o ideológico, se utiliza y difunde la protección dada a la ruta por el gran emperador Carlomagno. La población franca, en su notable flujo migratorio, difundía por todo el Camino leyendas épicas que transformaban el significado del enfrentamiento militar con Al-Andalus (el Islam hispánico) y ensalzaban el papel de los héroes carolingios como mártires de la fe. Toda una construcción doctrinal alimenta

13 CANTARELLA, G. M., *I monaci di Cluny*, Torino, 1993 y 1997, en especial págs. 194-197. Las relaciones del abad Hugo con los reyes de León y Castilla, así como la generosidad de éstos para con los monjes borgoñones han sido estudiadas por C. J. BISHKO, “Fernando I y los orígenes de la alianza castellano-leonesa con Cluny”, en *Cuadernos de Historia de España*, XLVII-XLVIII, 1968, pp. 31-135; XLIX-L, 1969, pp. 50-116 y en *Revista Portuguesa de Historia*, 13, 1971, pp. 155-188. Una nueva edición de estos trabajos se incluye en *Studies in Medieval Spanish Frontier History*, Londres, 1980, pp. 1-136; SEGL, P., “Cluny in Spanien. Ergebnungen und neue Fragenstellungen”, en *Deutsches Archiv*, 33, 1977, pp. 560-569. Las investigaciones de H. E. J. COWDREY tratan de demostrar que Cluny prestó una mayor atención a la peregrinación penitencial de Occidente que a la guerra santa de la Cruzada. Pueden consultarse estas hipótesis en la reedición de sus trabajos con el título de *Popes, Monks and Crusaders*, Londres, 1984.

14 L. VÁZQUEZ DE PARGA, J. M<sup>a</sup>. LACARRA y J. URÍA, *Las peregrinaciones...*, I, 41-42.

## EL CAMINO DE SANTIAGO Y LA PEREGRINACIÓN EN LA EUROPA MEDIEVAL

la peregrinación, desde los propósitos políticos que inspiran los ideales de la Reconquista hasta la finalidad universalizadora del Pseudo-Turpin<sup>15</sup>.

La entrada en escena del emperador Carlomagno se vería favorecida por la existencia de una España cristiana favorable y abierta a la creciente presencia francesa, manifestada en los más diversos niveles del orden social: posaderos, juglares, guerreros, eclesiásticos e, incluso, en la alta alcurnia de las esposas de sus reyes.

Las alusiones antes referidas a los viajes del obispo Godescaldo y del duque Guillermo de Aquitania, separados por dos siglos, evidencia la existencia de la ruta, pero silencian el itinerario seguido. El primero fue un viajero de ida y vuelta, incluida la estancia obligada en el escriptorio albeldense; mientras que para el segundo fue, por los avatares de la vida y pese a su rango, un viaje sin retorno. La percepción del Camino de Santiago como vía de peregrinación es un hecho probado ya en el último tercio de la undécima centuria. Pocos años más tarde –primer tercio del siglo XII–, en la *Historia Compostelana*, al recoger la restauración del burgo de Cacabelos por el obispo Diego Gelmírez, el protagonista de dicha Historia, se cita ésta y otras actuaciones *In Francigeno itinere* (“camino francés”)<sup>16</sup>. Y, en 1174, se registra la *vie francorum*, al indicar las lindes de una casa vendida al monasterio de Sobrado<sup>17</sup>. Otros epítetos vendrá a completar, en estos tiempos de plenitud de la ruta, el genuino sentido de la vía jacobea, con expresiones tales como *via peregrinorum*, *camino francorum* o *via francigena*. Precisamente, la puerta norte de la Catedral de Santiago de Compostela, con sus columnas de mármol y con escenas del ciclo de Tristán –dispuestas en espiral–, recibe el nombre de *Porta Francigena*.<sup>18</sup> En definitiva, esta perceptibilidad, tanto en tierras hispánicas como más allá de los Pirineos será obra de los reyes de Castilla y León (Alfonso VI) y de Pamplona y Aragón (Sancho Ramírez), casados ambos con mujeres de estirpe francesa, al emprender políticas que aseguren este tránsito, mediante la construcción de puentes y calzadas, así como el establecimiento de hospitales y, en definitiva favorecer el asentamiento de poblaciones nuevas. Esta ingente tarea se verá prolongada durante los siglos de la plenitud medieval y a la que se unirán dignidades eclesiásticas, nobles, burgueses y, en cierta medida, ese amplio público, esa masa anónima, confusa y turbulenta de gentes sin nombre, que presentan una amplia gama de percepciones mentales y de emotividad. Grupo heterogéneo e indefinido que nace a impulsos de una espontaneidad individual o comunitaria, pero que precisa de una colaboración colectiva.

15 GICQUEL, BERNARD, “La genèse européenne du Pseudo-Turpin et l’évolution du mythe rolandien, en *Pèlerinages et croisades*, ob. cit., pp. 37-46

16 HC = *Historia Compostelana*, ob. cit. not. 5, I. XXX, pág. 127.

17 P. LOSCERTALES, *Tumbos del monasterio de Sobrado de los Monjes*, Madrid, 1976, I, pp. 138-138. Cit. E. PORTELA, “El Camino de Santiago y la articulación del espacio en Galicia”, en *El Camino de Santiago y la articulación..* ob. cit., pág. 240, not. 31.

18 S. MORALEJO, “Le origini del programma iconografico dei portali nel Romanico spagnolo”, en *Wiligelmo e Lanfranco nell’Europa romanica*, Modena, 1989, pag. 43; D. KAHN, “La Chanson de Roland dans le décor des églises du XII<sup>e</sup> siècle, en *Cahiers de Civilisation Médiévale*, 40, 1997, pp. 337-372, en especial la 340 y 341.

JUAN CARRASCO

## II. LAS ARTERIAS AQUITANAS DEL CAMINO DE SANTIAGO

Una vez fijados los atractivos del viaje, en especial los referidos a su vertiente espiritual, era preciso conocer los itinerarios e incidencias del trayecto, así como los servicios y, en definitiva, registrar la atención prestada por reyes, condes, obispos, monasterios y ciudades a las distintas etapas de la ruta. El entramado de arterias principales y secundarias del camino de los peregrinos o Camino francés quedó plasmado, desde mediados del siglo XII, en el libro V de la compilación conocida como *Liber Sancti Jacobi*, realizada hacia 1160 y conservada en el Archivo de la Catedral de Santiago bajo la rúbrica de *Codex Calixtinus*. Esta última parte del *Codex* es la famosa *Guía de Peregrinos a Santiago de Compostela*, editada en 1938 y reeditada con posterioridad en numerosas ocasiones<sup>19</sup>. El autor del *Liber*, un clérigo “poitevin”, canónigo de Saint-Léonard-de-Noblant, se preocupa de promover el culto jacobeo, al aconsejar un itinerario con indicación de las etapas y su distancia, así como de las posibilidades de acogida y alojamiento y las precauciones a tener en cuenta. El conocimiento que demuestra de los territorios recorridos es admirable y, entre otras cosas, evidencia su experiencia directa de la peregrinación. Algunos estudiosos lo han identificado con Aymeric Picaud, clérigo de Parthenay-le-Vieux. Sea como fuere, hay en la célebre “guía” una de las primeras manifestaciones de xenofobia y racismo, dirigidas en este caso contra los navarros. Aparte de esta circunstancia, por su rigor y precisión se le considera un modelo en su género<sup>20</sup>. En el capítulo primero del libro V del *Liber Sancti Jacobi* se describen las cuatro grandes rutas que atraviesan Francia. En Puente la Reina, en Navarra, ya en tierras de España, se reúnen en una sóla. Forman una especie de semicírculo o abanico que se asemejan a las nervaduras de una hoja de árbol, cuyo pedúnculo o matriz apunta al solar *Sancti Jacobi*, a la ciudad de Santiago de Compostela, meta de la peregrinación. Esta especie de sistema radial es heredero directo de la red de calzadas romanas que atraviesan la Galia desde el siglo V<sup>21</sup>.

A esas cuatro principales arterias confluyen los ramales jacobeos que utilizan los peregrinos procedentes de las Islas Británicas<sup>22</sup> y de los países escandinavos<sup>23</sup>, bálticos, balcánicos y mediterráneos: son las vías *turonensis*, *lemovicensis* y *podensis* que se unen en Ostabat, antes de entrar en tierras navarras por San Juan de Pie de Puerto y Roncesvalles. El cuarto camino citado en la *Guía* es la vía tolosana o ruta de Provenza, cuyo acceso a los Pirineos tiene lugar más al este: en Somport, en tierras aragonesas.

19 STONES, A. y KROCHALIS, J., “Qui a lu le Guide du pèlerin de Saint Jacques ?”, en *Pèlerinages et croisades*, ob. cit. 11-36. Existe una docena de manuscritos, repartidos entre España (diez), Inglaterra (uno) e Italia (uno), éste último conservado en Pistoia y fechado en 1145.

20 J. RICHARD, *Les récits de voyages et de pèlerinages*, Turnhout, 1981, pág. 16.

21 ROUCHE, MICHEL, “L’héritage de la voirie antique dans la Gaule du Haut Moyen Âge (Ve-XIe siècle)”, en *L’Homme et la route en Europe occidentale au Moyen Age et aux Temps modernes*, Flaran, 2, Auch, 1982, pp. 13-32. En este mismo volumen también nos han sido de utilidad los trabajos de Gilbert Loubès (“Routes de la Gascogne médiévale”, pp. 33-55) y Gérard Jugnot (“Les chemins de pèlerinage dans la France médiévale”, pp. 57-83).

22 Cfr. TATE, B., “Las peregrinaciones marítimas medievales desde las Islas Británicas a Compostela”, en Santiago, *Camino de Europa. Culto y cultura en la peregrinación a Compostela*. Monasterio de San Martín Pinario, Santiago, 1993, pp. 161-179. Aquí también se recogen las importantes contribuciones de los tristemente desaprecidos Derek Lomax y Constance Mary Stors.

23 ALMAZAN, Vicente, “Huellas jacobeanas en la cultura escandinava”, en *Santiago, Camino de Europa...*, ob. cit., págs. 181-211.



## EL CAMINO DE SANTIAGO Y LA PEREGRINACIÓN EN LA EUROPA MEDIEVAL

II.1 La primera, que toma su nombre de la capital de la Turena (Tours), era el camino de Paris. A la ciudad del Sena, con su célebre rue de Saint Jacques y el establecimiento atendido por los hermanos hospitaleros de Saint Jacques-du-Haut-Pas, llegaban los peregrinos procedentes del norte de Francia y Flandes. De Paris a Orleáns y, una vez en esta ciudad, se recomienda la visita al templo de la Santa Cruz y, en Saint Euverte, la iglesia abacial, situada extramuros. Después había que descender a Blois y proseguir en el camino hacia Tours para obtener el descanso preciso y rendir culto a San Martín, cuya tumba era un lugar de larga tradición peregrina para el conjunto de los antiguos reinos francos. Conjugación de ambas peregrinaciones fue durante siglos una tradición muy arraigada. Ello fue también practicado por normandos y bretones que comienzan su peregrinación en Mont Saint Michel; ya sea por Nantes o por Angers, el grueso de los peregrinos confluyen en Poitiers o en Saint Jean –d’Angely. En el primer caso los viajeros visitan la tumba de Saint Hilaire y desde aquí se alcanza Melle, Saintes y Blaye, en los márgenes de la Gironde, donde la leyenda carolingia se hace muy presente. Desde el punto de vista organizativo, estos territorios disponen de una red de poblamiento bien trabada. Bien distinto es el tramo que discurre de Burdeos, en dirección a las Landas, hasta Ostabat. En su capítulo VII, el autor de la *Guía* señala la dureza y lo inhóspito de estas tierras, cuyos peajeros –desde Ostabat a San Juan y San Miguel de Pie de Puerto– cobran a todo transeúnte, sin distinguir su condición de mercader o peregrino.

II. 2 Utilizaban la segunda, llamada *lemovicensis* o lemosina, los del noreste y este de Francia, de Bélgica, Lorena, Champaña y Borgoña; después de optar por la visita a Cluny y Autun, el punto de encuentro solía ser Vézelay, para venerar las reliquias que se conservan en el santuario de Santa María Magdalena. Después de rendir esta visita casi obligatoria, la mayoría de los peregrinos pasaban por Saint Léonard de Noblat, en el Limousin, a Limoges, Perigueux; otros se dirigían a Angulême y, después de algunas etapas por uno de los dos itinerarios posibles, llegaban a la de confluencia de Ostabat.

II. 3 La Guía nos dice que aquellos piadosos viajeros que llegan a Le Puy con destino a Santiago son borgoñones y alemanes; su ruta, la *podensis*, llamada también por los franceses como la de los Teutones, pasa por Cahors y les lleva a los célebres lugares de Conques y a Moissac, donde –después de atravesar el Garona– podían admirar las hermosas iglesias abaciales de Santa Fe y San Pedro, testimonios señeros de su gloria y esplendor como etapas mayores de la peregrinación compostelana y protegidas por el imperio monástico de Cluny, fruto de las estrechas y directas relaciones con las aristocracias aquitana, provenzal, flamenca y de la llanura padana. Con la bella imagen del claustro “moissacense” de San Pedro, el viajero se dirige, con la seguridad del que se sabe protegido gracias a la colaboración del vizconde de Lomagne, hacia Condon y Aire. Aquí, después de surcar el Adour, se recorren las rutas gasconas, en la confluencia del Béarn y las tierras navarras de Ultrapuertos. En la ribera de la Gave d’Oloron se localiza Navarrenx –cuya toponimia no puede ser más expresiva– y el L’Hospital St. Blaise. A continuación, y en dirección este-oeste, el camino nos conduce hasta Ostabat, verdadero punto de encuentro y encrucijada de caminos del *iter francorum*.

JUAN CARRASCO

II. 4 Especial mención merece la llamada ruta de Provenza o *tolosana* y de los Prineros, que sigue en dirección oeste, utilizada por peregrinos griegos, venecianos, genoveses, lombardos y provenzales, sin olvidar a aquellos que, procedentes de Santiago u de otros lugares de “Las Españas”, hacían a la vez la peregrinación a Roma y Jerusalén. De aquí que este itinerario mediterráneo reciba el nombre de “camino de Saint-Gilles o *Via Egidiana*” para distinguir la conexión compostelana con la vía francígena a la tumba romana de San Pedro. El crecimiento y desarrollo de tales itinerarios aparecían plenamente configurados a mediados del siglo XII. De Saint-Gilles a Montpellier y Toulouse. Al abandonar esta etapa, de importante significación jacobea, una serie de “bastidas” y burgos castrales, dotados de alberguerías y hospitales cluniacenses jalonan el itinerario que une Auch con las ciudades episcopales de Lescaur y Oloron, equipadas de una amplia red hospitalaria, hasta la aldea de Borce. Los grandes establecimientos monásticos que jalonan el Camino a Santiago de Galicia han favorecido la proliferación de establecimientos de acogida: Saint-Victor de Marsella en La Romieu; Sainte-Foy de Conques en Sainte-Foy de Peurolières, Moissac en Saint-Nicolas y Saint-Sever en Mimizan. Al pie de los puertos de Aspe o de Somport allí domina la gran construcción del gran hospital y priorato de Santa Cristina<sup>24</sup>, verdadera bisagra entre el Bearn y Aragón. Al sur de la Cordillera, con el puesto intermedio de Canfranc –Campo de Francos–, se desciende hasta Jaca, poblada ya desde los inicios de la segunda mitad del siglo XI con el Bornau o burgo nuevo y el “faubourg” de Santiago.

Durante los siglos XI al XIII, en este amplio conjunto de tierras, que se extiende al sur del Loire y al este del Ródano, se tejieron las grandes vías de comunicación europeas. En su trazado se aprecia un cierto predominio de la dirección norte-sur. Por ellas circularon ejércitos, peregrinos y mercaderes, constituyendo, a su vez el área del Camino a Compostela, un instrumento básico de transformación social, política e institucional. En estos territorios del “arco aquitano”, los poderes públicos estuvieron representados por un complejo mosaico de soberanías dispersas, ejercidas por principados, condados y castellanías, muy vinculados a príncipes de la tierra y a las aristocracias locales, atentos todos al desarrollo y mejora de la vía de peregrinación jacobea. Desde las cabeceras de la *strata peregrinorum* –Tours, Vézelay, Le Puy y Toulouse–, flujos de gentes de la más variada condición irán a poblar las villas nuevas del sur, atraídos por ansias de libertad y una mejora de sus vidas. Pese a su heterogeneidad y a los distintos niveles de desarrollo del poder político, existe una casi acabada vertebración de los espacios, expresión de una avanzada construcción política, sujetos al poder del rey de los Francos, de los duques de los Aquitanos, Borgoñones y Gascones e integrados a su vez por un conjunto “nebuloso” de condados de muy variada entidad. Más compleja aún es la situación en los caminos que recorren las tierras provenzales, propiamente dichas e integradas en el llamado reino de Arlés, de una difusa filiación imperial; las de la antigua “Marca de Ghotia” y las del condado de Toulouse. El viajero que recorre cualquiera de estos caminos percibe un universo de poderes muy fragmentados y de soberanías yuxtapuestas; un

24 A. DURÁN GUDIOL, *El hospital de Somport entre Aragón y Bearn (siglos XII y XIII)*, Zaragoza, 1986.

desarrollo económico<sup>25</sup> y, en cierta medida, también social sujeto a variables regionales, que tejen una tupida retícula de caminos secundarios.

En torno al año mil, cuando el fenómeno de las peregrinaciones a Santiago de Galicia comienzan su etapa de plenitud, el poder del rey de Francia no penetra al sur del Loire<sup>26</sup>. Aquí domina el duque de los Aquitanos, Guillermo V el Grande (993-1030), pero tampoco ejerce éste un riguroso control territorial: su poder ducal, casi de rey, estaba basado en un complejo sistema de relaciones personales: la originalidad histórica de Occitania es bien patente. Sus duques son consagrados en la catedral de Limoges, con un ceremonial que recuerda al utilizado por los reyes de Francia; sus relaciones con Borgoña y la activa y persistente influencia de la abadía de Cluny serán decisivas en la actitud reformadora del clero y el monacato meridionales; los caminos de la España cristiana e Italia no le son extraños, debido al transitar de romeros y peregrinos; y las instituciones de la Paz de Dios y tregua<sup>27</sup>, genuinamente occitanas, vendrán a remediar las carencias de la autoridad pública en muchos tramos de la ruta a Compostela. Quizá el ejemplo que más representativo sea el de Guillermo V el Grande (993-1030), conde de Poitiers y duque de Aquitania.

Según testimonios cronísticos, aparece ante sus contemporáneos más como un rey que como un duque: el mismo se llama “duque de toda la monarquía de Aquitania<sup>28</sup>”. Consciente de la relevancia de su papel político y de fervoroso partidario de la “cruzada” de España le llevó a establecer relaciones con todos los monarcas de su tiempo, en especial con los reyes de León y Pamplona. Su implicación en las peregrinaciones a Roma y Compostela le confirmaron como una personalidad de dimensión europea<sup>29</sup>. Con todo, ese prestigio exterior contrasta con graves dificultades en el ejercicio del poder regional, en especial en lo que Dominique Barthélemy<sup>30</sup> llama “zonas externas”, como son Gascuña<sup>31</sup>, la Gothia tolosana y la futura Cataluña, esas especies de marcas del *regnum* aquitano. Una actitud violenta, casi ancestral, le enfrentó a los condes de Barcelona<sup>32</sup> por el control del litoral mediterráneo, desde Saint-Gilles a Montpellier y Narbonne.

25 E. COHEN, “Roads and Pilgrimage: A Study in Economic Interaction”, en *Studi Medievali*, XXI, 1980, pp.321-341.

26 *Le roi de France et son royaume autour de l'an mil*, éd. M. PARISSÉ y X. BARRAL I ALTET, Paris, 1992.

27 *Ibidem*, la colaboración H. W. GOETZ, “La paix de Dieu en France autour de l'an mil: fundements et objectifs, diffusion et participants”, pp. 131-145. Además, interesa la aportación de diversos autores en *The Peace of God. Social Violence and Religions Response in France around the Year 1000*, ed. Th. Head y R. Landes, Ithaca/London, Cornell Univ. Press, 1992; idem, entre otros cabría destacar los trabajos de A. DEBORD, “The Castelan Revolution and the Peace of God in Aquitania”, pp 135-164 y de R. I. MOORE, “Postscript: The Peace of God and the Social Revolution”, pp. 308-326.

28 “*Omnem Aquitaniam suo subiecit imperio*”, Cfr. Adémar de Chabannes, *Chronica* (hasta 1028), éd. J. Chavanon, 1897. Coll. de TSEEH.,pág. 163 Cit. Ch. PFISTER, *Études sur le regne de Robert le Pieux (996-1031)*, Paris, 1885. Más reciente es la mención que recoge Dominique BARTHÉLEMY en *L'ordre seigneurial, XIe-XIIe siècle*, Paris,1990, pág. 16.

29 A. DEBORD, *La société laïque...*, pág. 104 y ss.

30 Cfr. *L'ordre...*, ob. cit. pág. 18

31 En 1032, el segundo hijo de Guillermo el Grande hará valer sus derechos sobre Gascuña, principado local, con el título de duque, con una sociedad muy arcaica y apegada a sus tradiciones pirenaicas, muy poco “francas”. País poco organizado, donde la autoridad capeta es casi imperceptible. Su papel en la ruta a Compostela es básica, pues desde el Garona se encaminan los viajeros y peregrinos en su propósito de acceder a los Pirineos por los puertos de Aspe o Somport. Cfr. Renée Mussot-Goulard, *Les Princes de Gascogne*, Paris, 1982. Idem, *Les Occitans, Un mythe ?*, Paris, 1978, pág. 168 y ss.

32 AURELL, M., *Les noces du comte. Mariage et pouvoir en Catalogne (785-1213)*, Paris, 1995.

JUAN CARRASCO

La muerte prematura de Guillermo X –último representante de su linaje– en Santiago de Compostela<sup>33</sup> abría la posibilidad de que el monarca capeto Luis VII, desposado con su hija Leonor, se titulase, además de rey de Francia, duque de Aquitania. Enemigo declarado del Plantagenet, separado en 1152, buscó alianzas en Castilla, al desposarse con la infanta Constanza, hija de de Alfonso VII el Emperador. Con esta política procura hacer frente a los peligros y agresiones que pudiesen proceder de la entente anglo-angevina y catalano-aragonesa.<sup>34</sup> En los años 1154 y 1155, recorre los caminos de las tierras de Occitania a la búsqueda de apoyos. Quizá como expiación de sus pecados, buscó el perdón en su peregrinación a Compostela<sup>35</sup>, según el testimonio que Roberto de Torigny, abad de Mont-Saint-Michel, reflejó en su Crónica. A su regreso, guiado por intereses en su sistema de colaboración con los monarcas aragoneses y por los ecos y leyendas del mito rolandiano<sup>36</sup>, el rey de Francia visitó Zaragoza, Huesca y Jaca a principios de 1155. A lo largo de la segunda mitad del siglo XI y buena parte del XII, los “usos feudales” se nos presentan más auténticamente reveladores en las tierras meridionales de Francia que al norte del Loira, según el modelo clásico que había servido de paradigma durante décadas. Ese nuevo orden orientará a los organizadores de los espacios ya poblados a constituirse en aglomeraciones urbanas.

### III. LOS CAMINOS DE ULTRAPUERTOS: “SAUVETÉS”, BASTIDAS, Y BURGOS CASTRALES

La vía romana de Burdeos a Astorga<sup>37</sup> era el eje principal de la red de caminos utilizados por los peregrinos que, procedentes de París, se dirigían a Galicia. Una vez atravesados los puentes del Garona, los ramales de la ruta jacobea que atraviesan Gascuña convergen hacia los confines del Béarn, Navarra y Soule. De estas arterias principales parten itinerarios menores, difíciles de inventariar en su totalidad, pero constituyen una retícula singular y compleja, propia un habitat tan característico como el del sur-oeste de Francia. La historia del poblamiento de estos países ha ocupado la atención de los estudiosos, entre los que es de obligada referencia la labor del insigne maestro Charles Higounet<sup>38</sup>. A tenor de dichas investiga-

33 DEBORD, A. *La société.....*, ob. cit., pág. 356. En la nota 3 se cita la fuente de esta noticia y remite a la vieja obra de A. RICHARD, *Histoire des comtes de Poitou*, I, 382-506 y II, 1-153, Paris, 1903. Más reciente (1967) es la *Histoire du Poitou du Limousin et des Pays charantais*, bajo la dirección de E. R. Labande, pp. 112-113.

34 Cfr. BARTHÉLEMY, D., *L'ordre...*, ob. cit., pág. 241.

35 A. GRABOIS, “Louis VII pèlerins”, *Revue de Histoire de l'Église de France*, XXXIV, n° 192, 1988, pp. 5-22.

36 Según don Ramón Menéndez Pidal, esta peregrinación habría sido el origen de un cantar de gesta, en el cual la visita al sepulcro del apóstol no estaría motivado por la piedad del monarca capeto, sino por la curiosidad y la posibilidad de desmentir a algunos círculos cortesanos que, con no poca mala intención, ponían en duda la legitimidad de Constanza, como hija del rey de Castilla. Cfr. LUIS VÁZQUEZ DE PRADA, J. M. LACARRA y J. URÍA, *Las peregrinaciones*, ob. cit. pág. 64.

37. M. ROUCHE, “Les relations transpyrénéennes du Ve au VIIIe siècle”, en *Les Communications dans la Péninsule ibérique au Moyen Age*, Paris, 1981, pp. 13-20.

38. Después de casi cuarenta años de una brillante labor investigadora, su producción científica es amplísima. A nuestro propósito son numerosos los trabajos de interés, pero es muy útil y recomendable el conjunto de artículos reunidos bajo el título de *Paysages et villages neufs du Moyen Age*. Bordeaux, 1975. También son dignas de mención las aportaciones de los profesores André DEBORD (“Les bourgs castraux dans l'Ouest de la France”, en *Châteaux et peuplements en Europe occidentale du X au XVIIIe siècle*. Flaran, 1., pp. 57-73. Auch, 1980, y Benoît CURSENTE (*Les castelnaux de la Gascogne*. Bordeaux, 1980).

## EL CAMINO DE SANTIAGO Y LA PEREGRINACIÓN EN LA EUROPA MEDIEVAL

ciones, ya desde los años cincuenta, se ha procurado describir y valorar las transformaciones e influencias provocadas por los movimientos y discurrir de gentes que alimenta la peregrinación sobre el poblamiento y el paisaje de las regiones por las que discurre. El fenómeno de las “sauvetés” es quizá uno de los más llamativos al respecto. Son territorio y aldea, a la vez, colocada bajo la protección de la Iglesia y se organiza en torno a un monasterio, priorato o de una simple iglesia parroquial, relacionados casi siempre con el peregrinaje. La orden de los Hospitalarios prestó gran atención a estas iniciativas, que también gozaron de beneplácito de los poderes condales. Las “sauvetés”, nos dice Ch. Higounet, “han sido desde el principio fundaciones colocadas bajo la salvaguarda de la cruz, que delimitan su territorio; una prolongación de la paz de Dios en un esfuerzo de la Iglesia por proteger las poblaciones rurales”<sup>39</sup>. En definitiva, estas tierras de asilo, son pequeñas agrupaciones campesinas, cuyo papel en el poblamiento y la explotación del suelo ha sido notable, al tiempo que la manifestación más patente del gran movimiento de renovación rural de estas comarcas gasconas en los siglos XI y XII.

La bastida, a la que M. Berthe<sup>40</sup> ha dedicado atinadas páginas, es un centro de poblamiento o bien un reagrupamiento tierras y hombres creado *ex nihilo*, o ya sea sobre elementos preexistentes, fruto de un proceso razonado de reorganización del espacio. Es, en este caso, la fusión en una entidad territorial y administrativa única de pequeñas comunidades y de los territorios de antiguas parroquias. En ambos casos, desde la centralidad, se pretende favorecer el valor económico de la comarca, reclasificando el habitat, para crear aldeas y villas urbanizadas. La voluntad de los impulsores de este movimiento está bien claro: servir al desarrollo de la agricultura, a un creciente artesanado rural y al comercio, pero también de atender a la seguridad pública con el equipamiento de algunas villas fortificadas. En cualquier caso, la bastida se caracteriza generalmente por disponer de un plano ortogonal, organizado en torno a una plaza rectangular y contar con un parcelario en cuadrícula. En general, en estas regiones del S.O –comprendidas en el amplio arco del Adour y los Pirineos– y a diferencia de lo que ocurre más al este –en territorios languedocianos–, estos procesos de reabsorción, presentados también como de “encelulamiento” y canalizados por el movimientos de las bastidas, han supuesto un avance considerable en la reestructuración planificada de poblaciones rurales –todavía dispersas–, que no había culminado con las “sauvetés” y los castra. Todo ello vendría favorecer la existencia y puesta en funcionamiento de una red de aldeas y burgos de entidad poblacional algo más elevada.

La mayor aglomeración corresponde al burgo castral, vinculada a un castillo, cuyo “castellano” o tenente tiene derechos jurisdiccionales, al extender su autoridad sobre la tierra llana y su entorno. Sobre una aldea ya existente, su crecimiento puede desembocar en un burgo castral. Esta formación, más o menos espontánea tiende a constituirse en una aglomeración dominante, cuyas condiciones topográ-

39 Cf. CH. HIGOUNET, “Les chemins de Saint-Jacques et les sauvetés de Gascogne”, en *Annales du Midi*, 63, 1951, pág. 294.

40 “Les territoires des bastides: terroirs d’occupation ancienne ou terroirs de colonisation nouvelle?”, en *Cadres de vie et société dans le Midi médiéval*, *Annales du Midi*, CII, 1990, hommage à Charles Higounet, pp. 97-108.

JUAN CARRASCO

ficas varían según los procesos de desarrollo a que se vea sometido: crecimiento espontáneo o impulsado por el señor. Cuenta, si no con todos, sí con buena parte de órganos judiciales –tribunal–, económicos –peajes, mercado, ferias– y religiosos –prioratos, colegiadas, etc.– Un buen número de ellos, y gracias a la voluntad política del “señor” –que trata de otorgar a su “poder” una base humana, religiosa y mercantil de mayor escala–, evolucionan y llegan a ser auténticas villas. Esta trilogía es una de las manifestaciones más genuinas de la historia del poblamiento de la Francia meridional. En los amplios arcos que describen los cursos de los ríos Garona y Adour, tal y como acabamos de señalar, tuvieron lugar estos procesos dinámicos de asentamientos y sirvieron para facilitar, a través de la ruta de peregrinación, la fusión y los sucesivos flujos de poblaciones “francas” que alimentarán durante los siglos XI y XII las tierras y las villas nuevas que se asoman a los tramos hispánicos del Camino de Santiago. [Y uno de los casos más paradigmáticos será el que atraviesa el reino de Navarra].

Y para concluir, sólo una reflexión final, evoquemos de nuevo la finalidad universalizadora del Pseudo.Turpin, al recordar las palabras que dirige el apóstol a Carlomagno, cuando el emperador descansaba en su palacio de Aquisgrán:

“La ruta estrellada que has visto en el cielo  
significa que irás a Galicia a la cabeza  
de un gran ejército y que, después de ti,  
todos los pueblos irán allí en peregrinación  
hasta la consumación de los siglos”.

En este famoso texto quedaban fijados los puntos geográficos extremos del itinerario más extenso del Occidente medieval: desde la centralidad del continente europeo –el imperio carolingio–, representada por la capital Aquisgrán, hasta la periferia del finisterre gallego de Compostella.